

SOR JUANA INES DE LA CRUZ, MAESTRA DE AMERICA

Juan Carlos Zuretti

Ornamento de la historia del pensamiento y de las letras hispánicas del siglo XVII es la brillante figura de Sor Juana Inés de la Cruz, quien a su condición de americana, agrega la elegancia de su pluma y la robustez de su inteligencia.

En el valle mejicano de Neplanta, que fué su cuna, conoció el encanto de los ríos que ruedan entre cerros haciendo estallar a su paso las sinfonías de una inagotable naturaleza. El sol excepcionalmente generoso, las noches pobladas de sortilegios, las flores, las aves, la nieve y la arena componen el mundo potentísimo, delicado y misterioso que trasunta de sus versos.

Por eso no es extraño que rodeada de tan prodigiosa fertilidad recuerde su harto precoz iniciación intelectual con estas sugestivas palabras:

“No había cumplido tres años de mi edad, cuando enviaba mi madre a una hermana mía mayor que yo, a que se enseñara a leer en una de los que llaman “Amigas”; me llevó a mí tras ella y viendo que le daban lección, me encendí yo de manera en el deseo de saber leer, que engañando a mi parecer a la maestra, le dije que mi madre ordenaba que me diera lección; ella no lo creyó, porque no era creíble; pero, por complacer al donaire, me la dió. Proseguí yo en ir y ella prosiguió en enseñarme; ya no de burlas y supe leer en tan breve tiempo, que ya sabía, cuando lo supo mi madre... Teniendo yo, después, como seis o siete años, y sabiendo ya leer y escribir, con todas las otras habilidades de labores y costuras que aprenden las mujeres, oí decir que había universidad y escuela en que se estudiaban las ciencias en México y apenas lo oí, cuando empecé a matar a mi madre con instantes e importunos ruegos, sobre que, **mudándome** el traje, me enviara a México en casa de unos deudos que tenía, para estudiar y cursar la Universidad. Ella no lo quiso hacer, e hizo muy bien, pero yo despique el deseo, en leer muchos libros varios, que tenía mi abuelo sin que bastaren castigos ni represiones a estorbarlo”. “Empecé entonces —escribe **más** tarde— a aprender gramática o latinidad en que creo que no llegaron a veinte las lecciones que tuve; no por falta de empeño, sino por falta de **más** gramática que se le enseñara.”

Contaba trece años, en 1644 al iniciar su vida en la corte virreinal. Allí las fiestas y saraos, los discreteos y galanteos, pero allí también la nueva escuela: la del conocimiento profundo del alma humana con todos sus atributos. De su estado, propio de la adolescencia, de impreciso amor, brotan unos versos de aguda penetración reveladores de ignoradas experiencias:

Amor empieza por desasosiego
solicitud, ardores y desvelos;
crece con riesgos, lances y recelos
susténtase de llantos y de ruego;
doctrínanle tibiezas y despego
conserva el ser, entre engañosos velos,
hasta que con agravios o con celos
apaga con sus lágrimas su fuego.

Con extraño entusiasmo y fervor entregábase al análisis de las ciencias concretas. Estudia con atención los instrumentos astronómicos, admirando la sabiduría del sabio jesuíta Eugenio Kino, que a causa del cometa de 1680, relataba sus observaciones despertando admiración en las cortes europeas. En su interés por todo llega hasta el reino de la música y ensaya un método para enseñarla y trasmitirla.

A la edad de diecisiete años, cuarenta personas especializadas y gran cantidad de curiosos, reuniéronse para probar su saber. A todo respondió ella, solucionando las dudas con tal arte y seguridad, que era "como galeón real atacado por chalupas".

Siguió luego el convento no por desdén del mundo, sino para que nada "embarazase la libertad de su estudio" ni nada que le impidiese "el sosegado silencio de sus libros". Pero al locutorio llegan damas y caballeros sabedores de su virtud y de su arte. En el convento la buscan hasta los cabildantes rogándole proyecte un arco de triunfo en homenaje de los nuevos virreyes.

Con desplante viril defiende los estudios científicos y humanísticos en ocasión de la crítica que le exige el obispo, Fernández de Santa Cruz, a un sermón del célebre predicador el P. Vieyra. Sor Juana curiosa, literalmente audaz a pesar de disgustarle censurar a otros, obedece sumisa. Tenía 39 años, en sus palabras no se advierte la menor sombra de arrogancia. Hechas las aclaraciones pertinentes justifica su ansia de saber, su amor al antiguo curriculum medieval: lógica, retórica, física, música, aritmética, geometría, arquitectura, historia, derecho, astronomía. Todas las ciencias deben ser estudiadas por el hombre pues de todas ellas hablan los Libros Santos. Se le censura que estudie, pero se defiende: no es acaso San Jerónimo quien recomienda a Leta aprender algunos versos griegos. Si esto quería el Santo para la educación de

una niña que apenas comienza a hablar ¿qué no querrá, pregunta, para una monja, una de sus hijas espirituales?

El convento no la aparta de la vida ciudadana. Su medio de comunicación es el auto sacramental. Instrumento de devoción popular, sirve a Sor Juana como expresión de sus sentimientos nacionales, satisfaciendo sus exigencias culturales. Los autos sacramentales, poemas de la redención del hombre por la divinidad, descubren el poema de una cultura indoespañola, en la que Sor Juana soñaba sin duda, imaginando en Cristo, *El Divino Narciso*, el alma de la raza. En esta obra, los indígenas celebran “no ya al dios de la guerra”, sino al “gran dios de las semillas”, al dios de la agricultura, dándose cuenta y anticipándose a los conceptos de su tiempo, como de las actividades indígenas, la invención de la agricultura, es lo que dió señorío a los aztecas. Es que Sor Inés se interesa por los indios, simpatiza, los entiende y aun admira. En la escena del auto el Occidente aparece “como indio galán con corona” y a su lado sale América “india bizarra con mantos y huipiles”. Se sientan en dos sillas y por una parte y otra “danzan indios e indias, con plumas y sonajas en las manos como se hace de ordinario en la danza”. Adelantándose en estas manifestaciones estéticas a toda moderna pedagogía indigenista.

En sus villancicos está el pueblo todo, que se confunde y transforma con su verbo. Así hablan el portugués y el azteca, el latín y el castellano infantil de los negros. Es el alma de América única y múltiple, matizada y rica. Mulatos y zambos todos acuden a esta fiesta popular y divina, mezcla de pueblos que se confunden en una sola alma confundándose todas las categorías sociales y sus antagonismos.

Sor Juana de la Cruz, dice su biógrafo, juntó en su alma a indios y negros, a españoles y mestizos, a poetas y sacerdotes, a arzobispos y monjas. Encontró la verdad y la belleza y con ella su interna libertad, y a medida que la encontró la ofreció a todos, en la comunicabilidad del amor. Sea la actividad de Sor Juana el modelo de la actividad de la mujer en América.